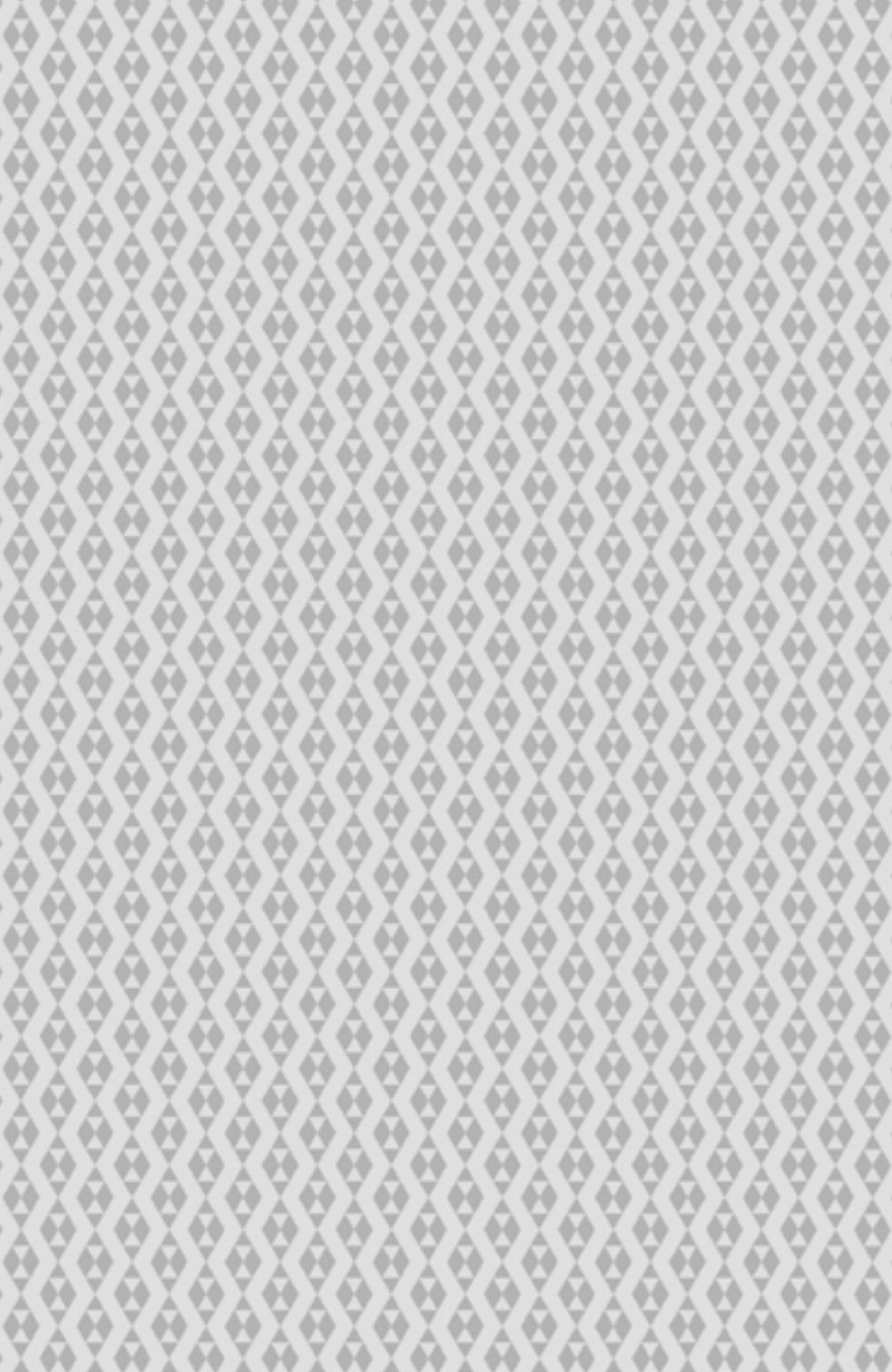




MARTINEZ.



**El plano.
Una aventura
de muchas
dimensiones**

Edwin A.
Abbott

Edwin Abbott Abbott, El Plano : Una aventura de muchas dimensiones . - 1a ed. - Buenos Aires : Ediciones Godot Argentina, 2011. 128 p. : il. ; 20x13 cm. ISBN 978-987-1489-24-4 1. Narrativa Inglesa. I. Título. CDD 823

El Plano.

Una aventura de muchas dimensiones.

Edwin A. Abbott

Traducción

Micaela Ortelli

Corrección

Hernán López Winne

Diseño de tapa e interiores

Víctor Malumián

Ediciones Godot

Colección Forasteros

www.edicionesgodot.com.ar

info@edicionesgodot.com.ar

Buenos Aires, Argentina, 2015

[Facebook.com/EdicionesGodot](https://www.facebook.com/EdicionesGodot)

[Twitter.com/EdicionesGodot](https://twitter.com/EdicionesGodot)

Impreso en Bonusprint, Luna 261,
Capital Federal, República Argentina,
en marzo de 2015

A los habitantes de EL ESPACIO EN GENERAL
Y H.C EN PARTICULAR
Dedica este trabajo
Un humilde habitante de EL PLANO
Con la esperanza de que
Tal como él fuera iniciado en los Misterios
De las TRES dimensiones
Habiendo conocido antes
Sólo DOS
Así los ciudadanos de esa región celeste
Aspiren a alcanzar
Los secretos de las CUATRO, CINCO Y HASTA SEIS dimensiones
Contribuyendo así
Al engrandecimiento de LA IMAGINACIÓN
Y al fomento
Del grandioso y aun excepcional don de la MODESTIA
Entre las razas superiores
De la HUMANIDAD SÓLIDA

PREFACIO DEL EDITOR A LA SEGUNDA EDICIÓN REVISADA, 1884.

SI MI POBRE AMIGO de El Plano conservara la lucidez de los tiempos en que comenzó a escribir sus Memorias, yo no necesitaría escribir éstas en su lugar. Con este prefacio, el autor desea, en primer lugar, agradecer a sus lectores y críticos de El Espacio, cuyas buenas apreciaciones han llevado –con insospechada celeridad– a la necesidad de una segunda edición de este trabajo; en segundo lugar, disculparse por algunas equivocaciones y errores de imprenta (por los que, sin embargo, no es enteramente responsable); y por último, explicar uno o dos malos entendidos. Pero mi amigo ya no es el Cuadrado de antaño. Al decaimiento propio de la vejez se le han sumado años de encierro y la carga aún más pesada de la incredulidad y la burla general. De manera que muchas de las reflexiones y nociones –como también gran parte de la terminología– adquiridos durante su corta estadía en El Espacio, se

han ido borrando de su mente. Por esa razón me ha solicitado responder en su nombre a dos particulares objeciones, una intelectual, la otra moral.

La primera objeción es que un habitante de El Plano, al ver una Línea, necesariamente ve algo que debe poseer tanto espesor como longitud (de otro modo sería invisible, si no contara con cierto espesor). En consecuencia, el autor debería reconocer que sus compatriotas no sólo son anchos y largos sino que también poseen (aunque parezca, en principio, dudoso) algún grado de espesor o altura. Esta objeción es plausible y, para los habitantes de El Espacio, prácticamente irrefutable; de manera que, debo confesar, cuando la escuché por primera vez, no supe qué responder. Pero la réplica de mi pobre amigo parece dejarla sin fundamentos.

“Acepto” –dijo cuando le mencioné la objeción– “Acepto la exactitud de los hechos que menciona tu crítico, pero rechazo sus conclusiones. Es cierto que, efectivamente, en El Plano existe una Tercera Dimensión no reconocida llamada ‘altura’, de la misma manera que en El Espacio se ignora la existencia de una Cuarta Dimensión, cuyo nombre no se conoce hasta el momento pero que yo llamaré ‘altura extra’. Yo mismo –que he visitado El Espacio y he tenido el privilegio de habitar, durante veinticuatro horas, la ‘altura’– no puedo comprenderla ni percibirla con la vista o a través de cualquier proceso lógico; sólo puedo admitirla por fe. La razón es evidente. Dimensión implica dirección, medida, el más y el menos. Ahora, todas nuestras líneas son igual e infinitesimalmente espesas (o altas, si así lo prefieren); de manera que no existe nada en ellas que pueda conducir a nuestra mente a la concepción

de esa Dimensión. Ningún ‘delicado micrómetro’ -como sugirió un crítico algo precipitado de El Espacio- nos permitiría medirla, pues no sabríamos qué medir ni en qué dirección hacerlo. Cuando vemos una Línea, vemos algo que es extenso y luminoso; el brillo, junto con la extensión, son necesarios para que exista una Línea. Si el brillo se apaga, la Línea se extingue. Así, todos mis amigos de El Plano, cuando les menciono la Dimensión desconocida que es visible, de alguna manera, en una Línea, objetan: ‘Ah, te refieres al brillo’; a lo que respondo: ‘No, me refiero a una verdadera Dimensión’. De inmediato rebaten: ‘Entonces mídela, o dinos en qué dirección se extiende’. Ante esto debo yo callar, pues no puedo hacer ninguna de las dos cosas. Ayer mismo, el Círculo Principal (es decir, nuestro Adalid) vino a inspeccionar la Prisión Estatal y me concedió su séptima visita anual; y cuando por séptima vez en la vida me preguntó: ‘¿Te encuentras mejor?’, intenté convencerlo de que, aunque no lo supiera, él era ‘alto’, así como largo y ancho. ¿Y qué respondió? ‘Dices que soy alto, pues mide mi ‘altura’ y te creeré’. ¿Qué podía yo hacer? ¿Cómo hacer frente a su desafío? Estaba indignado, mientras que él abandonó la celda con aires de triunfo”.

“¿Sigue sonando extraño? Entonces colócate en una situación similar. Imagina que te visita alguien de la Cuarta Dimensión y te dice: ‘siempre que abres los ojos ves un Plano (que posee Dos Dimensiones) e infieres un Sólido (que posee Tres); pero en verdad también ves (aunque no lo reconozcas) una Cuarta Dimensión: sin color, sin brillo, sin nada por el estilo, pero una verdadera Dimensión, aunque no puedo señalarte su dirección ni podrás tú medirla’.

¿Qué contestarías? ¿No lo encerrarías acaso? Pues bien, tal es mi destino; y resulta tan natural para tí, habitante de El Plano, encerrar a un Cuadrado por predicar la Tercera Dimensión como para ustedes, habitantes de El Espacio, encerrar a un Cubo por predicar la Cuarta. ¡Ay de nosotros! ¡Cómo se extiende el parecido entre familias ciegas y perseguidoras a lo largo de las Dimensiones! Puntos, Líneas, Cuadrados, Cubos, Extra-Cubos, todos culpables de los mismos errores, todos Esclavos de nuestros prejuicios Dimensionales; tal como un habitante de El Espacio lo refirió:

‘Un toque de la Naturaleza hace que todos los mundos se asemejen’¹”.

En este punto la defensa del Cuadrado me resulta irrefutable. Desearía poder decir que su respuesta a la segunda objeción (moral) fue tan clara y convincente. Se le ha objetado que odia a las mujeres; y en tanto tal objeción ha sido proclamada con vehemencia por aquellos que, por decreto Natural, constituyen la gran mayoría de los habitantes de El Espacio, desearía, en la medida de lo posible, despejarla. Pero el Cuadrado conoce tan poco la terminología moral de El Espacio que cometería una injusticia transcribiendo literalmente su defensa. En tanto intérprete y compilador, entiendo que siete años en prisión han modificado sus propias

1 El Autor desea agregar que las falsas ideas de algunos de sus críticos en esta materia lo han llevado a incluir, en el diálogo con la Esfera, ciertas observaciones que se relacionan con el punto en cuestión, y que previamente había omitido por considerarlas tediosas e innecesarias.

ideas, tanto en lo que concierne a las Mujeres como a los Isósceles y las Clases Bajas. Personalmente, en la actualidad, se inclina por la opinión de la Esfera según la cual las Líneas Rectas son, en muchos aspectos, superiores a los Círculos. Pero, en tanto Historiador, entiendo que se ha identificado (tal vez demasiado) con las opiniones comúnmente aceptadas por los historiadores de El Plano y (así le informaron) también de El Espacio, en cuyos libros (hasta tiempos recientes) poco se ha mencionado y tenido en consideración el destino de las Mujeres y las grandes masas de la humanidad.

De forma menos clara aún, pretende rechazar también el apego a ideas propias de los Círculos y la Aristocracia que algunos críticos le han adjudicado. Aun reconociendo la superioridad intelectual de algunos Círculos, que por generaciones ha servido para mantener su autoridad sobre las multitudes que habitan El Plano, entiende que los hechos ocurridos en El Plano –que hablan por sí mismos, sin necesidad de comentarios de su parte– señalan que el asesinato no siempre alcanza para sofocar las Revoluciones; y que la Naturaleza, al sentenciar a los Círculos a la infecundidad, los ha condenado al infortunio final. “Y aquí” –dice el autor– “veo cumplirse la gran Ley de todos los mundos: mientras la sabiduría del Hombre supone que algo funciona de una manera, la sabiduría de la Naturaleza hace que funcione de otra, de una diferente y más efectiva”. En cuanto al resto, solicita a sus lectores no suponer que cada minúsculo detalle de la vida cotidiana de un habitante de El Plano debe corresponderse necesariamente con algún otro detalle de la vida en El Espacio. Así, espera que su trabajo, tomado como

una totalidad, sea provocador a la vez que entretenido, para aquellos habitantes de El Espacio de mente más modesta y sencilla que –al referirse a lo verdaderamente importante pero que no puede probarse en la experiencia– se nieguen a afirmar: “Esto nunca podría ser”; o “Esto debe ser necesariamente así, y lo sabemos todo sobre ello”.

Parte I: Este Mundo

Be patient, for the world is broad and wide

1. EL PLANO

LLAMO A NUESTRO MUNDO El Plano, no porque ese sea su nombre, sino para que su naturaleza resulte más clara para ti, mi feliz lector, privilegiado habitante de El Espacio.

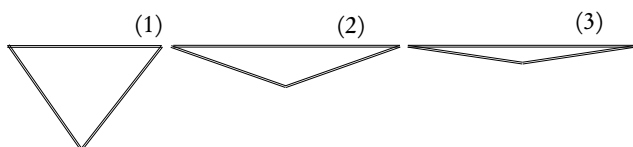
Imagina una gran hoja de papel en la que Líneas, Triángulos, Cuadrados, Pentágonos, Hexágonos y demás figuras, en lugar de permanecer inmóviles, se desplazaran libremente, aunque sin la facultad de erigirse sobre la superficie ni de hundirse en ella. Algo así como sombras, sólo que compactas y de bordes luminosos. De imaginar algo así tendrías una idea más o menos cercana de mi país y sus habitantes. ¡Pensar que años atrás habría dicho “mi universo”! Pero mi mente se ha abierto a una forma superior de ver el mundo.

En una ciudad de estas características, resulta de inmediato evidente que no podría existir algo “sólido”; pero me atrevo a decir que suponías que al menos podemos ver a los Triángulos, los Cuadrados y demás figuras moviéndose tal como las he des-

cripto. Pues no. No podemos distinguir una figura de la otra. Nada resulta visible, ni puede llegar a ser visible para nosotros más que Líneas Rectas. Rápidamente demostraré la necesidad de ello.

Coloca una moneda en el centro de una de tus mesas de El Espacio y obsérvala desde arriba. Se verá como un círculo.

Ahora inclínate hasta que los ojos estén a la altura de la mesa (te irás acercando así a la condición de los habitantes de El Plano) y verás cómo la moneda se vuelve más y más ovalada a la vista. Cuando hayas ubicado los ojos a la altura del borde de la mesa (como si fueras, efectivamente, un habitante de El Plano) la moneda habrá dejado de parecer ovalada y se habrá convertido, hasta lo que puedes ver, en



una línea recta.

Lo mismo sucedería con un Triángulo o un Cuadrado, o cualquier otra figura. Vista desde el borde de la mesa, la figura pierde su forma y se convierte, en apariencia, en una línea. Toma por ejemplo un Triángulo Equilátero, que entre nosotros representa un Hombre de Negocios de clase respetable. La figura 1 representa al Hombre de Negocios visto desde arriba; las figuras 2 y 3 representan al Hombre visto desde cerca del borde de la mesa y sobre el borde de la mesa (así lo vemos en El Plano), desde donde no parece ser más que una línea recta.

Cuando estuve en El Espacio supe que allí los

navegantes experimentan algo similar cuando atraviesan los mares y vislumbran una isla lejana o una costa en el horizonte. La distante tierra posee bahías, cabos, ángulos hacia adentro y hacia fuera, en cualquier número y extensión. Pero a la distancia no se ve nada de eso (a menos que tu sol brille sobre ellos revelando las proyecciones en luces y sombras), sino tan sólo una entera línea gris sobre el agua.

Eso mismo vemos en El Plano cuando se nos acerca algún conocido de forma triangular o de cualquier otra. En tanto aquí no existe el sol ni ninguna otra forma de luz que produzca sombras, la vista no nos es de ayuda como a ustedes en El Espacio. Si nuestro amigo se nos acerca vemos la línea ensancharse; si se aleja la vemos encogerse. Pero siempre se verá como una línea, sea él un Triángulo, un Cuadrado, un Pentágono, un Hexágono o un Círculo. Vemos una Línea recta y nada más que eso. Te preguntarás cómo, bajo circunstancias tan desfavorables, podemos distinguarnos los unos de los otros; pero la respuesta a tan lógica pregunta será más fácilmente resuelta al describir a los habitantes de El Plano. Por el momento permíteme postergar este tema y decir una o dos palabras acerca del clima y las casas de nuestro país.

2. EL CLIMA Y LAS CASAS DE EL PLANO

Al igual que en El Espacio, nuestra brújula indica cuatro direcciones: Norte, Sur, Este y Oeste. Pero al no contar con el sol ni con ningún otro cuerpo celeste, es imposible para nosotros determinar el Norte de la forma corriente; pero tenemos nuestro propio método. Debido a una Ley Natural, existe

entre nosotros una atracción constante hacia el Sur; y aunque en climas templados ésta es muy leve –tanto es así que hasta una Mujer en condiciones de salud razonables puede viajar varios kilómetros hacia el norte sin demasiada dificultad– las dificultades que acarrea alcanzan para servirnos de brújula en la mayor parte de nuestra tierra. Por otra parte, la lluvia, que cae a intervalos establecidos desde el Norte, también nos es de ayuda. En las ciudades nos guiamos por las casas, cuyas paredes van, desde luego, de Norte a Sur, de manera que los techos cubran la lluvia que viene del Norte. En el campo, donde no hay casas, los troncos de los árboles son una especie de guía. En general, no tenemos demasiadas dificultades para orientarnos como podría esperarse.

Aunque en regiones más templadas, donde la atracción hacia el sur casi ni se siente, he caminado en planos completamente desolados, sin casas ni árboles que me guiaran, y he debido sentarme a esperar durante horas a que viniera el tren para continuar el trayecto. Los ancianos y débiles, y especialmente las Mujeres delicadas, sufren la fuerza de la atracción mucho más que los Hombres sanos y fuertes; de manera que, de cruzarnos con una señorita en la calle, siempre es señal de buena educación dejarla pasar por el Norte, asunto nada fácil de hacer si nos toma por sorpresa, no se goza de buena salud y el clima hace difícil distinguir el Norte del Sur.

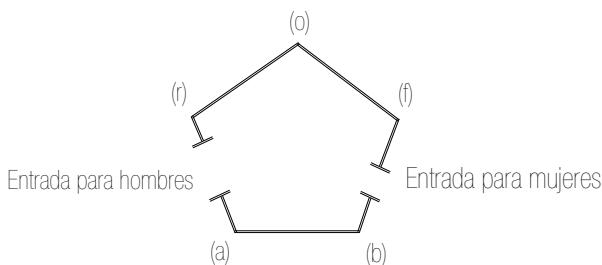
Nuestras casas no poseen ventanas, pues nuestra luz es la misma adentro que afuera, de día o de noche; igual a toda hora y en todo lugar, cualquiera sea. En los viejos tiempos, un interesante y harto investigado objeto de estudio de nuestros hombres

de conocimiento, era la pregunta por el origen de la luz. Muchas veces se intentó dar respuesta a esa pregunta, sin otros resultados que el encierro de aquellos que podían llegar a resolverla en institutos de salud mental. Así, después de vanos intentos por impedir que se llevaran a cabo tales investigaciones –de manera indirecta cobrando un alto impuesto a los pensadores– la Asamblea Legislativa, ya en tiempos más recientes, las prohibió terminantemente.

Y soy yo el único en El Plano que conoce la solución a tan misterioso problema; pero mis ideas no son inteligibles para mis compatriotas; ¡pensar que soy objeto de burla –yo, el único poseedor de las verdades de El Espacio y de la teoría de la introducción de la Luz del mundo de las Tres Dimensiones– como si fuera el más grande de los dementes! Pero no demos rienda suelta a estas dolorosas digresiones. Volvamos a nuestras casas.

La forma más común de construir una casa en El Plano es en forma pentagonal, como se muestra en la figura. Los dos lados que dan hacia el Norte (RO, OF), forman el techo y no tienen puerta; en el Este hay una pequeña puerta para las Mujeres; en el Oeste hay una mucho más grande para los Hombres; en el Sur generalmente no se colocan puertas.

No se permite construir casas de forma triangular o cuadrada por la razón que ahora expondré. Los ángulos de un Cuadrado (más aún, los de un Triángulo equilátero) son más puntiagudos que los de un Pentágono, y las líneas de los objetos inanimados (como las casas) son más opacas que los Hombres o las Mujeres; por lo tanto, se corre el riesgo de que algún distraído peregrino choque de repente contra una casa y se lastime



con alguna de las puntas. En el siglo XI de nuestra era, las casas triangulares fueron universalmente prohibidas por Ley, con la excepción de los polvorines o las barricadas, y otros edificios estatales a los que no es aconsejable que el público en general se acercase sin cautela.

Entonces todavía se permitía construir casas cuadradas, aunque el pago de un impuesto especial lo desalentaba. Alrededor de trescientos años más tarde, se decidió por ley que, en concordancia con la seguridad pública, en todas las ciudades de más de diez mil habitantes, el ángulo más pequeño permitido para construir una casa sería el del Pentágono. El buen sentido de los ciudadanos respaldó los esfuerzos de la Asamblea y ahora, aun en el campo, la construcción pentagonal prevalece a cualquier otra. Rara vez en la actualidad algún interesado en antigüedades puede llegar a descubrir una casa cuadrada en algún distrito rural remoto.

3. LOS HABITANTES DE EL PLANO

El largo o ancho máximo de un habitante adulto de El Plano es de alrededor de veintisiete centímetros. Treinta centímetros podría considerarse el máximo que puede alcanzar un adulto. Nuestras mujeres son Líneas Rectas.

Los Soldados y las Clases Bajas de Trabajadores son Triángulos de dos lados iguales –cada uno de de los cuales mide alrededor de veintisiete centímetros– y una base o tercer lado tan corto (en ocasiones no excede el centímetro) que en su vértice forman un ángulo extremadamente agudo y filoso. De hecho, cuando sus bases son del peor tipo (apenas alcanzan los cinco milímetros), casi no se distinguen de las Líneas Rectas o las Mujeres. Para nosotros, tal como para ustedes, estos triángulos se distinguen de los otros con el nombre de Isósceles; y así me referiré a ellos en lo que sigue.

Nuestra Clase Media está conformada por los Triángulos Equiláteros. Nuestros Profesionales y Caballeros son Cuadrados (a cuya clase pertenezco) y figuras de cinco lados o Pentágonos.

Les sigue en jerarquía la Nobleza, dentro de la cual hay varios rangos, comenzando por las figuras de seis lados o Hexágonos y así aumentando la cantidad de lados hasta alcanzar el honorable título de Polígono. Finalmente, cuando la cantidad de lados es demasiado grande, los lados se vuelven tan pequeños que la figura resulta indistinguible de un círculo; así se pasa a integrar el orden Circular o Sacerdotal, y ésta es la clase más alta de todas.

Es Ley Natural para nosotros que los varones nazcan con un lado más que su padre; y que cada ge-

neración, por regla, suba un peldaño en la escala de desarrollo. Así, el hijo de un Cuadrado es un Pentágono, el hijo de un Pentágono es un Hexágono y así sucesivamente. Pero esta regla no se aplica a los Comerciantes y mucho menos a los Soldados y los Trabajadores, de quienes apenas se puede decir que merezcan el nombre de Figuras Humanas, puesto que no poseen todos sus lados iguales. La Ley Natural no aplica en esta clase, de manera que el hijo de un Isósceles seguirá siendo un Isósceles. Sin embargo, no toda esperanza está perdida; existe la posibilidad de que la descendencia de un Isósceles, eventualmente, se sobreponga a su condición degradante. En general, los Soldados o Artesanos más inteligentes, que llevaron adelante una carrera militar exitosa o resultaron trabajadores esmerados y habilidosos, suelen presentar un leve crecimiento de la base y un achicamiento de sus lados. Los matrimonios (concertados por los Sacerdotes) entre los hijos e hijas de estos miembros más elevados de la clase baja, resultan en el nacimiento de vástagos que se aproximan un poco más a la clase de Triángulos Equiláteros.

En raras ocasiones –en proporción con el vasto número de nacimientos de Isósceles– nace de manera natural y certificable² un Triángulo Equilátero de padres Isósceles. Tales nacimientos requieren, no

2 “¿Qué necesidad hay de un certificado?”, podría preguntar un crítico de El Espacio. “¿Acaso el nacimiento de un hijo Cuadrado no es prueba Natural suficiente de la Regularidad del Padre?”. A esta objeción respondo que ninguna Señorita de clase contraería matrimonio con un Triángulo sin certificado. Hijos Cuadrados han nacido de Triángulos Equiláteros con alguna leve irregularidad; pero en prácticamente todos los casos la Irregularidad de la primera generación reaparece en la Tercera, lo que trae aparejada la imposibilidad de alcanzar el rango Pentagonal, o el retroceso a la clase Triangular.

sólo de un cuidadoso arreglo del matrimonio, sino de un largo y continuo ejercicio de frugalidad y autocontrol por parte de los antecesores del posible Equilátero; así como también de un desarrollo paciente y sistemático del intelecto de los Isósceles a lo largo de las generaciones.

El nacimiento de un verdadero Equilátero de padres Isósceles es motivo de regocijo en nuestra ciudad, alegría que se extiende en varios kilómetros a la redonda. Luego de un examen estricto realizado por el Consejo Social y de Sanidad, si efectivamente se certifica que el recién nacido posee todos sus lados iguales, se lleva a cabo una ceremonia solemne en la que se lo admite como miembro oficial de la clase de Equiláteros. Puesto que se teme que el pequeño, por imitación inconsciente, vuelva a sucumbir en su nivel hereditario, inmediatamente se lo retira de su hogar de nacimiento y de sus orgullosos –aunque doloridos– padres y se lo da en adopción a un Equilátero sin hijos, quien está obligado bajo juramento a no permitir que vuelva a entrar a su antigua casa ni ver a sus parientes biológicos.

El ocasional nacimiento de un Equilátero de padres siervos, es recibido con alegría no sólo por los mismos padres del niño –como un destello de esperanza sobre su miserable condición de vida– sino por la Aristocracia en su totalidad, pues todas las clases altas saben que este raro fenómeno, al mismo tiempo que en nada afecta sus propios privilegios, sirve como barrera contra una revolución de las clases bajas.

Si la plebe de ángulo agudo se hubiera visto privada de toda esperanza y ambición, sin duda habría encontrado líderes en alguno de sus tantos esta-

lidos y, por mayor número y fuerza, habría logrado vencer a los Círculos, superiores tan sólo en su intelecto. Pero una sabia ordenanza de la Naturaleza ha decretado que, a medida que la clase trabajadora crece en intelecto, conocimiento y virtud, así también crecerá su agudo ángulo (que los vuelve físicamente deformes) hasta aproximarse al ángulo inofensivo los Equiláteros. Así, se evidencia en los soldados más fuertes y monumentales –criaturas casi al nivel de las Mujeres por su poca inteligencia– que mientras aumenta su habilidad mental para poder utilizar su ángulo en ventaja propia, así disminuye su propio poder de atravesar, pues el ángulo va creciendo.

¡Qué admirable es la Ley de Compensación!
¡Y qué perfecta prueba de adaptación natural y, diría yo, del origen divino de la constitución de los Estados en El Plano! Mediante una sensata utilización de esta Ley Natural, los Polígonos y los Círculos podrán siempre eliminar todo germen de sedición, y aprovecharse de las ilimitadas e irreprimibles esperanzas de la mente humana. La Ciencia también está al servicio de la Ley y el Orden. Los médicos del Estado –a través de una pequeña compresión o expansión artificial– pueden volver a los miembros más inteligentes de una rebelión perfectamente regulares, de manera que sean admitidos en la clase privilegiada. A otro gran número de deformes rebeldes se los induce, a través del encanto de la posibilidad de ser eventualmente ennoblecidos, a internarse en Hospitales del Estado, donde se los encierra de por vida. A uno o dos de los más obstinados, tontos o irremediablemente irregulares, se los termina ejecutando. Así, los desgraciados Isósceles, sin planes y sin líderes, no ofrecen resistencia al ataque de otro

cuerpo de Isósceles que el Círculo Principal tiene preparado para estas emergencias. O, más frecuente aún, a través de celos y suspicacias fomentados hábilmente en el grupo por los Círculos, se los conduce a una guerra interna en la que mueren atravesados por los ángulos de sus propios hermanos. No menos de ciento veinte rebeliones se han registrado en los archivos, además de levantamientos menores que suman doscientos treinta y cinco, y todos han terminado de esa manera.

4. LAS MUJERES

Si la forma de nuestra clase de Triángulos puntiagudos resulta monstruosa, es de inferir que más lo es la de nuestras Mujeres. Sucede que, si un Soldado es filoso, una Mujer es, directamente, punzante, puesto que, por así decirlo, no es más que punta, al menos en sus dos extremidades. Sumado a esto, las Mujeres, si así lo desean, pueden hacerse prácticamente invisibles; de manera que nunca es aconsejable andar fastidiando a una de Ellas en El Plano.

Aquí tal vez el lector más joven se pregunte cómo puede una Mujer en El Plano volverse invisible. Aunque esto debería resultar evidente sin necesidad de explicación, unas pocas palabras al respecto bastarán para que hasta el más distraído lector lo comprenda.

Coloca una aguja sobre una mesa. Mírala con los ojos a la altura del borde de la mesa; mírala de lado a lado y verás su largo completo. Ahora mírala de frente y no verás nada más que un punto, verás que se ha vuelta prácticamente invisible. Eso mismo

sucede con nuestras Mujeres. Si están de costado las vemos como líneas rectas; si están de frente vemos el extremo que se cruza con nuestro ojo, aquel que posee su ojo o boca –pues, para nosotros, estos órganos son idénticos– y no vemos más que un punto luminoso. Pero si están de espaldas vemos un punto casi tan opaco como un objeto inanimado, su extremidad aparece como un tapón invisible.

Los peligros a los que nos exponen nuestras Mujeres deben resultar evidentes ahora. Si incluso el ángulo de un Triángulo respetable de clase media puede herir; si chocarse con un Trabajador implica un corte y con un oficial una herida profunda; si apenas un roce con un Soldado conlleva peligro de muerte; ¿qué puede acarrear el choque contra una Mujer sino la inmediata destrucción? Y si está de espaldas, y tan sólo vemos un punto opaco, imagina lo difícil que resulta, aun para el más precavido, evitar la colisión.

Muchas promulgaciones referidas a este peligro han sido aprobadas en distintos Estados de El Plano a lo largo de la historia. En las zonas menos templadas del Sur, donde la fuerza de gravedad es más grande, y los seres más propensos a movimientos involuntarios y repentinos, las leyes que atañen a las Mujeres son más rigurosas. El siguiente sumario provee una visión general del Código:

1. Todas las casas deben contar con una entrada al Este para uso exclusivo de las Mujeres; éstas, por su parte, deberán entrar “de manera apropiada y respetuosa”³ y nunca uti-

3 Cuando estuve en El Espacio supe que algunos de los Círculos Sacerdotales también poseen una entrada reservada a los Granjeros,

lizar la puerta de los Hombres o del Oeste.

2. Ninguna Mujer podrá caminar en zona pública sin emitir el Grito de Paz, bajo pena de muerte.
3. Toda Mujer que sufra del síndrome de la Danza de San Vitus, resfrío crónico acompañado de estornudos violentos, o cualquier otra enfermedad que conlleve movimientos involuntarios será inmediatamente destruida.

En otros Estados existe una ley adicional que prohíbe a las Mujeres, bajo pena de muerte, caminar o permanecer en lugares públicos sin mover su extremo trasero de derecha a izquierda para indicar su presencia a los que están detrás. En otros es obligatorio que alguno de los hijos, sirvientes o el esposo camine detrás de ella. En otros, directamente, las Mujeres deben permanecer en la casa excepto los días de festividades religiosas. Pero nuestros más sabios Círculos y Estadistas han demostrado que el aumento de restricciones a las Mujeres no tiende al debilitamiento y disminución de la raza sino, muy por el contrario, al aumento de crímenes domésticos; por lo que concluyeron que es más lo que se pierde que lo que se gana con un código demasiado estricto.

Siempre que el encierro y los impedimentos legales exasperen su carácter, las Mujeres tienden a descargar su ira sobre sus esposos e hijos; y en ocasiones, en zonas de clima menos templado, la po-

Aldeanos o Maestros de Internados (Spectator, Sept. 1884, p. 1255) por la que deben entrar “de manera apropiada y respetuosa”.

blación entera de una aldea ha sido destruida en una o dos horas de ataque simultáneo de ira femenina. De manera que las Tres Leyes mencionadas arriba alcanzan para manejar la cuestión de forma eficiente y sirven de esbozo de nuestro Código Femenino.

Después de todo, no es la Ley nuestra garantía de protección sino los intereses de las propias Mujeres. Puesto que, pese a que pueden causar una muerte con un sólo movimiento hacia atrás, y aunque pueden retirar su extremidad del cuerpo de la víctima, corren el riesgo de que su propio cuerpo se haga trizas en el proceso.

La Costumbre también está de nuestro lado. Ya he dicho que en Estados menos civilizados, las Mujeres no pueden dejar de mover su retaguardia de derecha a izquierda. Sin embargo, en todo estado bien regulado, ésta ha sido una práctica habitual entre las mujeres con intención de procrear desde tiempos remotos. Resulta vergonzoso que los Estados deban regular lo que en realidad debería ser, en toda Mujer respetable, un instinto natural. El movimiento rítmico y, diría yo, bien modulado, del extremo trasero que producen las Mujeres pertenecientes a la clase circular es objeto de envidia e imitación por parte de las esposas de los Equiláteros comunes, quienes no pueden producir más que un monótono meneo, como el tictac de un reloj. Las esposas de los Isósceles, por su parte, intentan copiar este tictac, pues la imposibilidad de mover la retaguardia se ha vuelto una cuestión de vida o muerte. De ahí que, en toda familia bien posicionada, el “movimiento trasero” es tan constante como el tiempo; y los esposos e hijos de estas Mujeres se hallan inmunes, al menos de ataques invisibles.

Pero de ninguna manera debe suponerse que nuestras Mujeres carezcan de sentimientos. Aunque, lamentablemente, los impulsos momentáneos siempre prevalecen en el sexo débil sobre otro tipo de consideración; y esto, desde luego, se debe a su infortunada conformación. Puesto que no existe posibilidad de algún tipo de angulación en ellas y son, en este aspecto, inferiores al más irregular de los Isósceles, carecen por completo de cualquier forma de inteligencia. Tampoco poseen reflejos, juicio o reflexión previa, y tan solo cuentan con algo de memoria. Así, en sus ataques de ira, no recuerdan explicaciones ni reconocen distinciones. Yo mismo he conocido el caso de una Mujer que exterminó a toda su familia y, pasada media hora del ataque y habiendo borrado todo rastro de él, preguntó qué había sucedido con su esposo e hijos.

Desde luego, no es conveniente irritar a una Mujer que tenga posibilidad de darse vuelta. Dentro de la casa puedes hacer y decir lo que gustes pues allí no pueden causar daño alguno –la forma en que están construidas las casas impide que puedan volverse–; y pasados los minutos, no recordarán el incidente por el que han estado amenazándote de muerte ni las promesas que hayas hecho para apaciguar su ira.

A grandes rasgos, mantenemos buenas relaciones domésticas; la excepción la conforman los estadios más bajos de la clase Militar. Allí, la ausencia de toda delicadeza por parte de los hombres ha llevado a desastres asombrosos. Al fiarse demasiado en el filo de sus ángulos más que en los mecanismos de defensa del buen sentido y las estimulaciones del clima, estas imprudentes criaturas muy a menudo desatienden las normas de construcción de las ha-

bitaciones de las Mujeres, o irritan a sus esposas con expresiones desatinadas fuera de la casa, negándose luego a retractarse. Por otra parte, un fuerte apego a la verdad literal les impide hacer las promesas con las que un Círculo más sensato logra apaciguar a su conyugue rápidamente. Los resultados son sangrientos. Pero no sin sus ventajas, puesto que los Isósceles más brutales y problemáticos resultan eliminados. Muchos de nuestros Círculos consideran que la destructividad de la Mujer es una de las tantas determinaciones de la providencia para eliminar población prescindible y cortar la Revolución de raíz.

Pero nuestro ideal de vida en familia no es tan alto como el de ustedes en El Espacio, ni siquiera en las familias Circulares mejor reguladas. La convivencia es pacífica, si es que puede darse ese calificativo a la ausencia de asesinatos, pero, necesariamente, existe poca armonía entre los sexos; y la prudencia de los Círculos ha asegurado la seguridad a costa de la comodidad hogareña. En casas de familias Circulares o Poligonales, ha sido una costumbre desde tiempos inmemoriales –y ahora se ha vuelto casi un instinto entre las mujeres de clase alta– que las mujeres y las hijas mantengan constantemente su ojo y boca de frente al esposo y sus amigos hombres; y en familias distinguidas, que la Mujer le dé la espalda al esposo es considerado un augurio de pérdida de estatus. Pero pronto mostraré que la seguridad se garantiza no sin sus desventajas.

En la casa de un Trabajador o un Comerciante respetable –donde la esposa puede dar la espalda al hombre mientras esté ocupada en las tareas do-